



**Una
casa para
recordar**

Sergio Aguirre y Luciano Lamberti



Una **casa** para **recordar**

Sergio Aguirre y Luciano Lamberti



www.normainfantilyjuvenil.com/ar

Aguirre, Sergio

Una casa para recordar / Sergio Aguirre ; Luciano Lamberti ; Editado por Laura Linzuain ; María Silva. - 1a ed. 1a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2025.

224 p. ; 21 x 14 cm. - (Zona Libre)

ISBN 978-987-807-163-3

1. Narrativa Infantil y Juvenil. I. Lamberti, Luciano II. Linzuain, Laura , ed. III. Silva, María , ed. IV. Título.

CDD A860.9282

© Sergio Aguirre, Luciano Lamberti, 2025

© Editorial Norma, 2025

Cecilia Grierson 222, 1° piso (C1107CPF) Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: mayo de 2025

Primera reimpresión: diciembre de 2025

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

Dirección editorial y edición: Laura Linzuain

Edición: María Silva

Corrección: Patricia Motto Rouco

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Vanina E. Rodriguez

Arte de tapa: Valeria Bisutti

Gerenta de producción: Paula García

Jefe de producción: Andrés Zvaliauskas

CC: 61111372

ISBN: 978-987-807-163-3

La casa sa
perfettamente chi
è entrato
il morto,
il perduto,
l'obliato.
Mateo Furci
Le parole notturne*

**La casa sabe / perfectamente quién / ha entrado. / Lo muerto, /
lo perdido, / lo olvidado.*

Mateo Furci, *La palabra nocturna*

Capítulo 1

Después de manejar toda la noche, Nino Sandoval, el afamado escritor de novelas románticas, dejó atrás el último peaje y vio las montañas.

Se levantaban en el horizonte, altas y angulosas, de distintos tonos de verde. Los ojos le ardían. Había salido de la capital la noche anterior para llegar a la casa al mediodía.

“Cuando la veas te vas a quedar con la boca abierta”, le había dicho Iván.

Iván era su editor, y el que había apostado nuevamente por él. A pesar de que en los últimos ocho años le había prometido novelas que nunca escribió, y de que la gente ya se estaba olvidando de su nombre, Iván le había conseguido una casa en las sierras para que escribiera su nuevo libro y el adelanto que necesitaba más que nunca.

Ahora, sí o sí, tenía que escribirla. Tenía que escribirla por él. Rescatarse él.

Con este libro esperaba recuperar el éxito de *Al calor de tu piel*, su primera novela, la que lo hizo famoso, cuando él, Nino Sandoval, era “la gran promesa de la novela romántica”.

Distraído en sus pensamientos, casi olvida el acceso al desvío que subía a la montaña. Puso el guiño para doblar y escuchó los bocinazos de otros conductores que lo castigaban por su maniobra imprudente.

Accedió a un camino de tierra que parecía estar en buen estado, pero a medida que ascendía se tornaba sinuoso, con curvas en las que a cada rato el auto se asomaba a un precipicio.

De pronto, sin que nada lo anticipase, al doblar la última curva vio, allá arriba, la arboleda que rodeaba la casa.

Eran álamos antiguos, altos y erguidos como un ejército de gigantescos soldados, que parecían protegerla. Alcanzó a ver, contra el cielo, sus techos de pizarra y sus ventanas oscuras, que a la distancia parecían ojitos negros. Sintió que se le aceleraba el corazón.

Abandonó la luz intensa del mediodía y se adentró en la penumbra que daban los árboles. Redujo la velocidad para avanzar por un sendero de ripio que crujía bajo las ruedas del auto. El parque era enorme, el césped parecía una alfombra verde y la casa, en el centro, se levantaba frente a él como un viejo sueño olvidado que de pronto recordaba sin razón.

Capítulo 2

Nino apagó el auto y se bajó.

A la casa la había imaginado grande, pero no tanto. Con sus muros de piedra y sus torres oscuras parecía un pequeño castillo. Se quedó mirándola. Iván tenía razón.

Como si aún no lo terminara de creer, subió las escalinatas de la entrada. Tenía que buscar la llave en el alféizar de la primera ventana. La encontró. Era gruesa, de bronce.

Se acercó a la puerta, la introdujo y abrió.

Había esperado que la puerta crujiese, como en los antiguos cuentos de terror, pero cedió sin un ruido.

Nino se quedó de pie en la entrada del vestíbulo, como si a último momento no se animara a entrar. El salón le dio la impresión de un museo, algo sobrecargado de muebles y objetos, tantos que no pudo abarcarlos de una sola mirada.

Algunas cosas le llamaron la atención. Un perchero con un sombrero y un saco, una pecera seca en un pedestal, soldaditos de plomo maniáticamente ordenados en una cómoda. ¡Cuántas cosas! Era como si todos

los habitantes de la casa, que debieron haber sido muchos, hubieran dejado un suvenir.

Al fondo, divisó dos magníficas escaleras gemelas que conducían al primer piso.

Entonces reparó en una puerta entreabierta, a la izquierda del salón. La luz encendida lo animó a cruzar el vestíbulo, y al hacerlo sus pasos resonaron en todas partes, como en el interior de un templo.

Empujó la puerta, se asomó, y de inmediato supo que ese era el lugar para él.

Podía sentirlo en el cuerpo: el estudio de un escritor. Paredes de madera con bibliotecas repletas de libros, la mesa de sólido roble contra la pared, un cómodo sillón individual, las grandes montañas a la vista a través del ventanal. Encima del escritorio, una nota. Escrita con lápiz grueso y letra algo infantil.

Hola, señor Nino. Soy la encargada de limpiar la casa. Voy a venir los lunes. Vivo en el pueblo y cualquier cosa que necesite del supermercado me la puede pedir y yo se la traigo. Le preparé la última pieza del ala izquierda. A su disposición,

Hilda